

MASACRE

Colección LO REAL
dirigida por Jorge Carrión

MARK DANNER

MASACRE

LA GUERRA SUCIA EN
EL SALVADOR

TRADUCCIÓN DE
ROCÍO GÓMEZ DE LOS RISCOS

OSAPLAM

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

A Sheila

NOTA DEL AUTOR

Casi todas las entrevistas previas a la redacción de este libro se realizaron durante un viaje a El Salvador en noviembre de 1992 y varios a Washington durante los tres meses siguientes. A los individuos que vivían en lugares más lejanos los entrevisté por teléfono; así ocurrió con Todd Greentree, por aquel entonces responsable de asuntos políticos en la embajada de Katmandú, y con el coronel John McKay, luego destinado a la sede de la OTAN en Bruselas. El único personaje clave que se negó a hacer declaraciones fue Deane Hinton, antiguo embajador estadounidense en El Salvador y, después, en Panamá. El gabinete de prensa del Ejército salvadoreño no prestó ninguna colaboración significativa, pero algunos oficiales accedieron a hablar conmigo cuando me puse en contacto con ellos, los menos abiertamente y la mayoría de forma confidencial.

El objeto de las notas a pie de página no es ofrecer un registro exhaustivo de las fuentes, sino complementar el relato y proponer nuevas lecturas a quienes estén interesados en El Salvador y Centroamérica en general.

1.

LA EXHUMACIÓN

Cuando viajas a las cumbres de Morazán envuelto en la luminosa claridad del aire, ya cerca de la frontera con Honduras, cruzas el río Torola por un estrecho puente de madera cuyos tablones crujen al paso de las ruedas y te adentras en la más violenta de las antiguas *zonas rojas* salvadoreñas (ése era el término que empleaban los militares durante la larga década de guerra civil). Tras un rato de ascenso abandonas el castigado asfalto para continuar varios kilómetros por un áspero camino de tierra que bordea una ladera recorriendo poblaciones en ruinas que lenta y penosamente regresan a la vida. Entre ellas hay una aldea, ahora apenas un montón de escombros, que la naturaleza se apresura a recuperar: los muros de adobe se agrietan y desmoronan abriéndose a una invasión de hierbajos alimentada por los aguaceros de la tarde y la espesa niebla nocturna del valle. Cerca de allí, en los pueblos tanto tiempo deshabitados, se aprecian indicios de vida, incluso en Arambala, como a un kilómetro y medio, con su amplia plaza cubierta de hierba rodeada por edificios derrumbados y dominada, donde una vez hubo una hermosa iglesia, por un campanario acribillado a balazos y un arco dentado de adobe que se alzan contra el cielo: un niño lleva una vaca baya atada a una cuerda; un hombre con gorra y vaqueros camina fatigado cargando madera a sus espaldas; tres niñas se asoman de puntillas tras la barandilla de un porche y sonrían a un coche que pasa.

Pero si sigues por el camino pedregoso, que serpentea y se retuerce por el bosque, en pocos minutos entras en un gran claro y, allí, todo está tranquilo. Nadie ha vuelto a El Mozote. Vacío y salpicado por la luz del sol, el lugar sigue siendo es-



La zona roja de Morazán en 1981.

pantoso,* como me dijo estremecido un joven guerrillero que patrulló por aquí durante la guerra: espeluznante, pavoroso, horrible. Después de echar un vistazo, seis estructuras (sin techo, sin puertas y sin ventanas, medio engullidas por la maleza) apuntan a una cierta pauta: las cuatro ruinas de la derecha debieron delimitar la calle principal, la quinta, el principio de un carril lateral y, en el lado opuesto de un claro, a pesar de que no se ve iglesia alguna, debió de haber una plaza pública, ahora apenas un montículo irregular, una especie de plataforma de tierra casi invisible debido a una gran maraña de maleza y matorrales.

En este tranquilo claro, a mediados de octubre de 1992, irrumpió un convoy de todoterrenos y camionetas de los que se apearon una veintena de desconocidos. Algunos de estos hombres y mujeres (la mayoría, jóvenes vestidos de manera informal, con camisetas y vaqueros o pantalones de trabajo) comenzaron a tirar al suelo polvoriento un brillante amasijo de machetes, picos y azadas. Otros se situaron alrededor del montículo, consultaron portafolios, cuadernos y mapas y escudriñaron los altos matorrales. Finalmente, agarraron unos machetes y empezaron a cortar las malas hierbas, teniendo cuidado de no arrancar ninguna, no fuera que el movimiento de las raíces alterase lo que había debajo. Poco a poco, mientras cortaban y talaban bajo el sol de la mañana, descubrieron una parcela de tierra de color marrón rojizo y en poco tiempo dieron con una pequeña elevación que sobresalía varios centímetros del suelo, como un promontorio inclinado apenas sustentado por un murete de piedra.

Clavaron estacas en el suelo y delimitaron el terreno con cinta de color amarillo brillante para después dividirlo en cuadrículas con cuerda; sacaron cintas métricas, reglas y niveles para anotar

* Las palabras o frases marcadas con letra cursiva aparecen en castellano en el texto original.

sus medidas y trazar sus contornos. Y entonces empezaron a excavar. Primero removieron la tierra con azadas, la sacaron con palas, la pusieron en cubos de plástico y fueron echándola en una criba lo suficientemente grande como para que fueran necesarias varias personas para agitarla. A medida que excavaban más hondo, cambiaban las herramientas por otras más pequeñas y precisas: palas de mano, paletas, cepillos, recogedores, cedazos... Poco a poco y con cuidado, excavaron y cribaron, abriéndose camino a través de los varios centímetros de tierra y restos de adobe (vestigios de las paredes de una construcción) y, al terminar el segundo día, encontraron astillas de vigas de madera y fragmentos de tejas, ahora ennegrecidos por el fuego, que habían formado parte del techo. Después, al final de la tarde del tercer día, sentados en cuclillas para apartar las partículas de polvo rojizo con pequeños pinceles, empezaron a emerger de la tierra formas oscuras que parecían fósiles incrustados en piedra y pronto advirtieron que se habían topado, en la esquina noreste de la sacristía en ruinas de la Iglesia de Santa Catarina de El Mozote, con los cráneos de quienes antaño habían orado allí. Aplastados por los ladrillos desprendidos, tras once años de sueño bajo el suelo ácido, aquellos cráneos estaban teñidos de un pálido marrón café con leche, pero no había duda de su procedencia. Para la tarde siguiente, los trabajadores ya habían descubierto veinticinco y, excepto dos, todos era cráneos de niños.

Ese mismo día, los jefes del equipo (cuatro jóvenes expertos del Equipo Argentino de Antropología Forense,¹ de reputación

¹ El Equipo Argentino de Antropología Forense nació en Buenos Aires, en 1984, durante la exhumación de las fosas comunes de quienes «desaparecieron» a lo largo del mandato de las juntas militares. En febrero de 1992, invitados por la organización de derechos humanos salvadoreña Tutela Legal, cuatro miembros el equipo (Mercedes Doretti, Claudia Bernardi, Patricia Bernardi y Luis Fondebriber) viajaron a El Salvador. En octubre, los cuatro fueron nombrados «asesores técnicos» de la Comisión de la Verdad de Naciones Unidas.

mundial por haber exhumado fosas en Guatemala, Bolivia, Panamá e Irak, así como en sus propios países) montaron en su todoterreno blanco y fueron por el camino que salía de El Mozote. Despacio, atravesaron Arambala saludando a las niñas sonrientes que estaban de puntillas en el porche y salieron a la *calle negra*, que trazaba su recorrido hacia arriba por la columna vertebral de la zona roja, extendiéndose hacia el norte desde San Francisco Gotera hasta el pueblo de Perquín, bastante cerca de la frontera hondureña. En la calle negra, los argentinos giraron a la izquierda, como hacían todas las noches, para dirigirse hacia Gotera, pero esa vez, después de conducir más allá de los irregulares cerros con plantaciones de sorgo, maíz y agave (un arbusto espinoso con aspecto de cactus que parece una maraña de pelo verde oscuro) y de pasar los edificios bajos de madera que albergaban la fábrica de botas y el taller de artesanía, así como los otros establecimientos que los exiliados habían traído consigo desde los campos de refugiados de Honduras hacía dos años, pararon delante de una pequeña casa. Se trataba, en realidad, de una cabaña hecha con restos de madera y láminas de chapa situada entre bananeros, a unos catorce metros de la carretera. Salieron del vehículo, saltaron la alambrada de espino (había una especie de entrada hecha con un tronco en forma de tenedor) y llamaron a alguien. Enseguida apareció por la puerta

Cuando por fin empezaron a excavar, después de una serie de frustrantes retrasos, el Instituto de Medicina Legal de El Salvador y la Unidad de Investigación Especial enviaron a varios técnicos para que los ayudaran. Los restos se llevaron a un laboratorio situado a las afueras de San Salvador, donde un equipo forense estadounidense dirigido por Clyde Snow (reconocido experto que participó en la creación del equipo argentino) examinó las muestras. Los textos completos están a disposición del lector en «Documentos», al final del libro. Para saber más sobre los antropólogos, véase el informe anual del Equipo Argentino de Antropología Forense de 1992 (EAAF, Buenos Aires, 1992), especialmente las páginas 11-18.

MASACRE

una mujer de mediana edad, fornida, con pómulos altos, rasgos marcados y muchísima dignidad. Los argentinos le contaron sus hallazgos. La mujer escuchó en silencio y, cuando terminaron, se detuvo y habló: «¿No les dije? —preguntó—. *Si sólo se oía aquella gran gritazón*».

Durante once años, Rufina Amaya Márquez había sido la testigo más elocuente de lo que había sucedido en El Mozote, pero, a pesar de haber contado su historia una y otra vez, la mayoría de la gente se había negado a creerla. En el mundo polarizado e inhumano de El Salvador en tiempos de guerra, la prensa y la radio ignoraron lo que Rufina tenía que decir como solían ignorar los incómodos relatos sobre cómo el Gobierno estaba gestionando la guerra contra los rebeldes izquierdistas.



Al final de la tarde del tercer día, sentados en cuclillas para apartar las partículas de polvo rojizo con pequeños pinceles, empezaron a emerger de la tierra formas oscuras que parecían fósiles incrustados en piedra y pronto advirtieron que se habían topado, en la esquina noreste de la sacristía en ruinas de la Iglesia de Santa Catarina de El Mozote, con los cráneos de quienes antaño habían orado allí.

LA EXHUMACIÓN

Y, para los destinados a saber lo que pasó en El Mozote (los rebeldes salvadoreños y los posibles campesinos simpatizantes), los testimonios directos bastaban.

Sin embargo, en Estados Unidos, la versión de Rufina de lo que había sucedido en El Mozote apareció en las portadas del *Washington Post* y el *New York Times*, coincidiendo con el amargo debate en el Congreso sobre si debían retirarse las ayudas al régimen salvadoreño, tan desesperado que, al parecer, había recurrido a los más salvajes métodos de guerra. El Mozote parecía encarnar esos métodos y, en Washington, la historia condujo al clásico debate de finales de la Guerra Fría entre quienes sostenían que, dados los intereses geopolíticos en Centroamérica, Estados Unidos no tenía más remedio que brindar su apoyo a un régimen «amigo», a pesar del posible descrédito, ya que la al-



Durante once años, Rufina Amaya había contado lo que pasó en El Mozote a todo aquel que quisiera escucharla, pero el Gobierno de Estados Unidos se negó a creerla.

ternativa (otra posible victoria comunista en la zona) era claramente peor, y quienes insistían en que el país tenía que estar dispuesto a lavarse las manos frente a lo que se había convertido en una lucha moralmente corrupta. La historia de Rufina llegó a Washington justo cuando las primordiales preocupaciones de seguridad nacional en cuanto a la Guerra Fría discrepaban (de una forma tan clara y patente que no se repetiría en cuatro décadas) del noble respeto a los derechos humanos.

La libertad de prensa no se cuestiona en Estados Unidos: se informó sobre El Mozote, se habló de la historia de Rufina y se intensificó el acalorado debate en el Congreso, pero la Administración republicana, bajo la presión de sus deberes con la seguridad nacional, negó que existieran pruebas fiables de una masacre y el Congreso, tras denunciar una vez más los abusos criminales del régimen salvadoreño, acabó aceptando la «garantía» de la Administración de que su aliado estaba haciendo un «esfuerzo coordinado significativo para respetar los derechos humanos internacionalmente reconocidos». Las ayudas continuaron y, al poco tiempo, aumentaron.

A principios de 1992, cuando finalmente se firmó un acuerdo de paz entre el Gobierno y los guerrilleros, los estadounidenses habían invertido más de cuatro mil millones de dólares en la financiación de una guerra civil que duró doce años y acabó con la vida de setenta y cinco mil salvadoreños. Para entonces, como cabía esperar, hacía ya tiempo que la amarga lucha por El Mozote había quedado relegada al olvido. Washington miraba hacia otros lugares y otros asuntos y la mayoría de los estadounidenses hacía tiempo que se habían olvidado de El Salvador, pero aquella masacre bien puede haber sido la mayor en la historia moderna de Latinoamérica. El hecho de que en Estados Unidos llegara a ser conocida y de que saliera a la luz para después dejarla caer en la oscuridad convierte la historia de El Mozote (cómo llegó a suceder y cómo se olvidó) en una gran parábola de la Guerra Fría.